

F. Paul Wilson

La fortaleza

Traducción de
Núria Gres



Agradecimientos

El autor desea agradecer a Rado L. Lencek, profesor de lenguas eslavas de la Universidad de Columbia, su rápida y entusiasta respuesta a una petición muy extraña proveniente de un desconocido.

El autor también desea reconocer su obvia deuda con Howard Philips Lovecraft, Robert Ervin Howard y Clark Ashton Smith.

F. PAUL WILSON
Abril 1979 - Enero 1981

Prólogo

VARSOVIA, POLONIA
Lunes, 28 de abril de 1941
08:15 horas

Un año y medio atrás otro nombre había adornado la puerta, un nombre polaco, sin duda acompañado de un cargo y el nombre de un departamento u oficina del gobierno de aquel país. Pero Polonia ya no pertenecía a los polacos, y unos trazos gruesos y pesados de pintura negra habían tachado toscamente aquel nombre. Erich Kaempffer se detuvo frente a la puerta y trató de recordarlo. No porque le importara, sino como un mero ejercicio de memoria. Una placa de caoba cubría el lugar donde había estado el letrero, pero a su alrededor aún se veían manchas de negro. Decía así:

SS-OBERFÜHRER W. HOSSBACH
RSHA - DIVISIÓN DE RAZA Y REASENTAMIENTO
DISTRITO DE VARSOVIA

Se detuvo para recobrarle. ¿Qué quería Hossbach de él? ¿Por qué le había ordenado presentarse tan temprano? Estaba furioso consigo mismo por haber permitido que aquello le afectara, pero nadie en las SS, por muy segura que fuera su posición, ni siquiera un oficial de carrera tan fulgurante como él, podía recibir la orden de presentarse «de inmediato» en el despacho de un superior sin experimentar un espasmo de aprensión.

Kaempffer respiró profundamente por última vez, disimuló su ansiedad y abrió la puerta. El cabo que hacía las funciones de secretario del general Hossbach se cuadró al instante. Era un hombre nuevo, y Kaempffer se dio cuenta de que no le reconocía. Era comprensible; Kaempffer había pasado todo el año anterior en Auschwitz.

—El *Sturmbannführer* Kaempffer —fue todo lo que dijo, para que el joven continuara desde allí. El cabo giró sobre sus talones y se dirigió al despacho interior. Regresó al instante.

—El *Oberführer* Hossbach le recibirá ahora, *Herr* mayor.

Kaempffer pasó rápidamente junto al cabo, y penetró en el despacho de Hossbach para encontrarlo sentado al borde de su escritorio.

—¡Ah, Erich! ¡Buenos días! —dijo Hossbach con una jovialidad muy poco habitual—. ¿Café?

—No, gracias, Wilhelm. —Había deseado una taza hasta aquel preciso momento, pero la sonrisa de Hossbach le puso inmediatamente en guardia. Sintió un nudo donde había estado su estómago vacío.

—Muy bien, entonces. Pero quítate el abrigo y ponte cómodo.

El calendario marcaba el mes de abril, pero todavía hacía frío en Varsovia. Kaempffer llevaba la larga gabardina gris de las SS. Se la quitó, y también su gorra de oficial, y las colgó cuidadosamente del perchero en la pared, obligando a Hossbach a observarle y tal vez a reparar en sus diferencias físicas. Hossbach era grueso, algo calvo y bien entrado en la cincuentena. Kaempffer era una década más joven, con un cuerpo musculoso y la cabeza cubierta por un juvenil cabello rubio. Y Erich Kaempffer estaba ascendiendo.

—Felicidades, por cierto, por tu ascenso y tu nuevo destino. Ploiesti es una verdadera perita en dulce.

—Sí. —Kaempffer trató de mantener un tono neutro—. Espero estar a la altura de la confianza que Berlín ha depositado en mí.

—Estoy seguro de que lo estarás.

Kaempffer sabía que los buenos deseos de Hossbach eran tan vacíos como las promesas de reasentamiento que hacía a los judíos polacos. Hossbach había deseado el puesto de Ploiesti para sí, como todos los oficiales de las SS. Las oportunidades de ascenso y enriquecimiento personal para el comandante del mayor campo de concentración de Rumanía eran enormes. En la implacable lucha por el poder librada en el seno de la enorme burocracia creada por Heinrich Himmler, donde uno mantenía siempre un ojo fijo en la espalda vulnerable del hombre de delante, mientras usaba el otro para vigilar por encima del hombro al de detrás, cualquier deseo sincero de éxito era una fantasía.

En el silencio incómodo que siguió, Kaempffer estudió las paredes y reprimió una mueca despectiva al observar más cuadrados y rectángulos de color claro donde el ocupante anterior había colgado sus títulos y diplomas. Hossbach no había redecorado la oficina. Era muy típico de él tratar de dar la impresión de que estaba demasiado atareado con los asuntos de las SS para ocuparse de banalidades como hacer pintar las paredes. Una fachada demasiado obvia. Kaempffer no necesitaba hacer ostentación de su devoción a las SS. Todas sus horas estaban dedicadas a mejorar su posición en la organización.

Fingió estudiar el gran mapa de Polonia colgado en la pared, ta-

chonado de agujas de colores que representaban concentraciones de indeseables. Había sido un año muy ocupado para el departamento de RSHA de Hossbach; su misión era hacer que la población judía de Polonia fuera transportada al «centro de reasentamiento» cerca del nudo ferroviario de Auschwitz. Kaempffer imaginó su futuro despacho en Ploiesti, con un mapa de Rumanía en la pared, decorado con sus propias agujas. Ploiesti... No había duda de que la actitud jovial de Hossbach era un mal presagio. Algo había salido mal en alguna parte, y Hossbach iba a a aprovechar sus últimos días como oficial superior de Kaempffer para frotarle las narices en ello.

—¿Puedo serte de utilidad de algún modo? —preguntó finalmente Kaempffer.

—No a mí, sino al alto mando. Hay un pequeño problema en Rumanía en este momento. Un inconveniente, de hecho.

—¿Oh?

—Sí. Un pequeño destacamento del ejército regular estacionado en los Alpes, al norte de Ploiesti, ha estado sufriendo algunas bajas, aparentemente debidas a la actividad de los partisanos locales, y el oficial desea abandonar su puesto.

—Eso es asunto del ejército. —Al mayor Kaempffer no le gustó aquello en absoluto—. No tiene nada que ver con las SS.

—Sí tiene que ver. —Hossbach tendió una mano hacia atrás y tomó un trozo de papel de su escritorio—. El alto mando envió esto al despacho del *Obergruppenführer* Heydrich. Creo que es muy adecuado que te lo pase a ti.

—¿Por qué es adecuado?

—El oficial en cuestión es el capitán Klaus Woermann, sobre el que llamaste mi atención hace cosa de un año por su negativa a alistarse en el Partido.

Kaempffer se permitió un instante de alivio cauteloso.

—Y como yo estaré en Rumanía, esto entrará en mi jurisdicción.

—Precisamente. Tu año de aprendizaje en Auschwitz debería haberte enseñado no sólo a manejar un campo eficiente, sino también a ocuparte de los partisanos locales. Estoy seguro de que resolverás el asunto rápidamente.

—¿Puedo ver el papel?

—Desde luego.

Kaempffer tomó la hoja y leyó las dos líneas. Luego volvió a leerlas.

—¿Se decodificó correctamente?

—Sí. Las palabras también me parecieron algo extrañas, de modo que lo comprobé dos veces. Es correcto.

Kaempffer leyó el mensaje de nuevo.

*Solicito traslado inmediato.
Algo está asesinando a mis hombres.*

Un mensaje inquietante. Había conocido a Woermann durante la Gran Guerra, y siempre lo recordaba como uno de los hombres más obstinados que había conocido. Y en aquella nueva guerra, como oficial de la Reichswehr, Woermann se había negado repetidamente a alistarse en el Partido pese a las fuertes presiones. No era un hombre que abandonara una posición, estratégica o no, una vez se había hecho cargo de ella. Algo debía ir muy mal para que solicitara un traslado.

Pero lo que preocupó todavía más a Kaempffer fueron las palabras elegidas. Woermann era inteligente y preciso. Sabía que el mensaje pasaría por muchas manos en su recorrido para ser transcrito y decodificado, y su intención debía ser transmitir algo al alto mando sin entrar en detalles.

¿Pero qué? La palabra «asesinando» implicaba un agente humano consciente. ¿Por qué, entonces, la había precedido con «algo»? Una cosa (un animal, una enfermedad, un desastre natural) podía matar, pero no asesinar.

—Estoy seguro de que no necesito decirte —estaba diciendo Hossbach— que, dado que Rumanía es un estado aliado y no un territorio ocupado, será necesario mostrar algo de tacto...

—Soy muy consciente de ello.

También sería necesario algo de tacto para manejar a Woermann. Kaempffer tenía una vieja cuenta pendiente con él.

Hossbach trató de sonreír, pero el intento se pareció más a una mueca.

—Todos en la RSHA, hasta el mismísimo general Heydrich, estaremos muy interesados en ver cómo manejas este asunto... antes de dedicarte a tu tarea principal en Ploiesti.

Kaempffer no dejó de notar el énfasis en la palabra «antes», y la breve pausa que la había precedido. Hossbach iba a convertir aquella pequeña excursión a los Alpes en una prueba de fuego. Kaempffer tenía que estar en Ploiesti al cabo de una semana; si no podía solucionar el problema de Woermann con la suficiente rapidez, la gente diría que tal vez no era el hombre adecuado para organizar el campo de concentración de Ploiesti. No faltarían candidatos a ocupar su lugar.

Espoleado por una repentina sensación de urgencia, se levantó y se puso la gabardina y la gorra.

—No preveo ningún problema. Partiré al instante con dos pelotones de *Einsatzkommandos*. Si se puede arreglar un transporte aéreo

y las conexiones de ferrocarril necesarias, podemos estar allí esta noche.

—¡Excelente! —dijo Hossbach, devolviendo el saludo a Kaempffer.

—Dos pelotones deberían ser suficientes para acabar con unos cuantos guerrilleros. —Se volvió y se encaminó a la puerta.

—Más que suficientes, estoy seguro.

El SS-*Sturbannführer* Kaempffer no oyó el comentario de despedida de su superior. Otras palabras llenaban su mente: «Algo está asesinando a mis hombres».

PASO DE DINU, RUMANÍA

28 de abril de 1941

13:22 horas

El capitán Klaus Woermann se dirigió a la ventana sur de su habitación en la torre de la fortaleza y escupió un chorro blanco en el aire.

Leche de cabra. ¡Puaj! Tal vez para hacer queso, pero no para beber.

Mientras observaba cómo el líquido se disipaba en una nube de gotas pálidas que se precipitaban hacia las rocas de abajo, a unos treinta metros de distancia, Woermann deseó una jarra rebosante de buena cerveza alemana. Lo único que deseaba más que la cerveza era marcharse de aquella antesala del infierno.

Pero no podía ser. Por lo menos, todavía no. Irguió los hombros en un gesto típicamente prusiano. Era más alto que la media, y su constitución había sido más musculosa, pero empezaba a tender a la flacidez. Llevaba el cabello castaño oscuro muy corto; tenía unos ojos grandes y también castaños, una nariz levemente torcida, rota en su juventud, y una boca grande y capaz de sonreír ampliamente cuando era apropiado. Su casaca gris estaba abierta hasta la cintura, permitiendo que asomara su pequeña barriga. Se la palmeó. Demasiadas salchichas. Cuando se sentía frustrado o insatisfecho, tendía a picar entre comidas, normalmente salchichas. Cuanto más frustrado e insatisfecho se sentía, más comía. Estaba engordando.

La mirada de Woermann se posó sobre el pequeño pueblo rumano al otro lado del barranco, tostándose tranquilamente al sol de la tarde, a un mundo de distancia. Separándose de la ventana, se volvió y recorrió la estancia, una habitación construida con bloques de piedra, muchos de ellos grabados con unas curiosas cruces de bronce y níquel. Había cuarenta y nueve cruces en aquella habitación, para ser exactos. Lo sabía. Las había contado varias veces durante los últimos tres o cuatro días. Pasó junto a un caballete que sostenía un cuadro casi terminado, y junto a un escritorio lleno de papeles frente a la ventana opuesta, que daba al pequeño patio de la fortaleza.

Abajo, los hombres fuera de servicio aguardaban en pequeños grupos, algunos hablando en voz baja, la mayoría huraños y silenciosos, todos ellos evitando las sombras crecientes. Se acercaba otra noche. Otro de ellos moriría.

Había un hombre sentado a solas en una esquina, tallando madera febrilmente. Woermann estudió el trozo de madera que iba adquiriendo forma en manos del tallador: una tosca cruz. ¡Como si no hubiera ya cruces suficientes!

Los hombres estaban asustados. Y también él. Cómo habían cambiado las cosas en menos de una semana. Recordaba haber cruzado con ellos las puertas de la fortaleza, como orgullosos soldados de la Wehrmacht, el ejército que había conquistado Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica, y luego, tras arrojar al mar a los restos del ejército británico en Dunquerque, había acabado con Francia en treinta y nueve días. Y aquel mismo mes, Yugoslavia había sido arrasada en doce días, y Grecia en sólo veintiuno, según noticias del día anterior. Nada podía resistírseles. Eran vencedores natos.

Pero aquello había sido la semana anterior. Era increíble lo que seis muertes horribles podían hacer a los conquistadores del mundo. Aquello le preocupaba. Durante la última semana, el mundo se había reducido, hasta que para él y sus hombres pareció no existir nada más que aquel pequeño castillo, aquella tumba de piedra. Habían tropezado con algo que desafiaba todos sus intentos de ponerle fin, que mataba y desaparecía, sólo para regresar y volver a matar. Estaban perdiendo las ganas de luchar.

Ellos... Woermann se dio cuenta de que ya no se incluía a sí mismo entre sus hombres. Él mismo había perdido las ganas de luchar en Polonia, cerca de la ciudad de Posnan... después de que las SS entraran en ella y le permitieran ver, en primera persona, el destino que aguardaba a los «indeseables» tras el paso de la victoriosa Wehrmacht. Había protestado. Como resultado de ello, no había vuelto a entrar en combate. No le importaba. Aquel día había perdido todo el orgullo de considerarse uno de los conquistadores del mundo.

Abandonó la ventana y regresó al escritorio. Ignorando las fotografías enmarcadas de su esposa y sus dos hijos, estudió el mensaje decodificado.

El SS-Sturmabführer Kaempffer llegará hoy con los Einsatzkommandos asignados. Mantenga su posición actual.

¿Por qué un oficial de las SS? Aquella era una posición del ejército regular. Por lo que él sabía, las SS no tenían nada que ver con él, ni con la fortaleza, ni con Rumanía. Pero había muchas cosas en aque-

lla guerra que no comprendía. ¡Y precisamente Kaempffer! Un soldado despreciable, pero sin duda un oficial de las SS ejemplar. ¿Por qué allí? ¿Y por qué con *Einsatzkommandos*? Eran pelotones de exterminio. Soldados de la Calavera. Músculo de campo de concentración. Especialistas en matar civiles desarmados. Era su trabajo lo que había presenciado junto a Posnan. ¿Por qué venían?

Civiles desarmados... Su mente repitió aquellas palabras y, al hacerlo, una sonrisa trepó lentamente por las comisuras de sus labios, sin llegar a sus ojos.

Que vinieran las SS. Woermann estaba convencido de que había alguna especie de civil desarmado en el origen de las muertes de la fortaleza. Pero no del tipo indefenso y aterrado al que las SS estaban habituadas. Que vinieran. Que probaran el terror que tanto les gustaba inspirar. Que aprendieran a creer en lo increíble.

Woermann creía. Una semana antes, la sola idea le hubiera hecho reír. Pero cuanto más se acercaba el sol al horizonte, más firmemente creía... y temía.

Todo en una semana. Había habido preguntas sin respuesta a su llegada a la fortaleza, pero nada de terror. Una semana. ¿Eso era todo? Le parecía que habían transcurrido siglos desde que puso por primera vez los ojos sobre la fortaleza...

1

«En resumen: la refinería de Ploiesti cuenta con una protección natural relativamente buena por el norte. El paso de Dinu a través de los Alpes Transilvanos constituye la única amenaza, y es de muy poca importancia. Como se detalla en este informe, la escasa población y las condiciones del clima primaveral en el paso hacen que sea teóricamente posible para una fuerza armada de buen tamaño avanzar sin ser vista desde las estepas rusas del suroeste, cruzar el sur de los Cárpatos y el paso de Dinu para emerger de las montañas apenas a treinta kilómetros al noroeste de Ploiesti, con sólo llanuras entre ella y los campos petrolíferos.

A causa de la vital importancia del petróleo suministrado por Ploiesti, y hasta la puesta en marcha de la operación Barbarroja, se recomienda situar una pequeña fuerza de vigilancia en el paso de Dinu. Como se menciona en el informe, existe una antigua fortificación en mitad del paso que debería servir adecuadamente como base para los centinelas.»

Análisis para la defensa de Ploiesti, Rumanía, presentado al alto mando de la Reichswehr el 1 de abril de 1941

PASO DE DINU, RUMANÍA
Martes, 22 de abril
12:08 horas

«Aquí no existen los días largos, sea cual sea la época del año», pensó Woermann mientras contemplaba las empinadas paredes montañosas que se elevaban más de trescientos metros a cada lado del paso. El sol tenía que ascender un arco de treinta grados antes de poderse asomar por encima de la pared este, y sólo podía recorrer noventa grados en el cielo antes de perderse de vista de nuevo.

Los lados del paso de Dinu eran increíblemente empinados, tan cerca de la verticalidad como podían estarlo unas paredes montaña-

sas sin desequilibrarse y venirse abajo; una extensión desolada de losas serradas y afiladas, con estrechas cornisas y caídas vertiginosas, interrumpidas de vez en cuando por montones cónicos de pizarra desmenuzada. Pardo y gris, arcilla y granito, aquéllos eran los colores, intercalados con fragmentos de verde. Árboles bajos, desnudos al empezar la primavera, con los troncos nudosos y retorcidos por el viento, aferrados precariamente a la ladera gracias a la tenacidad de sus raíces, que habían logrado encontrar puntos débiles en la roca. Se agarraban como escaladores exhaustos, demasiado fatigados para avanzar arriba o abajo.

Tras el coche de mando, Woermann podía oír el zumbido de los dos camiones que llevaban a sus hombres, y por detrás el traqueteo tranquilizador del furgón de provisiones, con su comida y sus armas. Los cuatro vehículos avanzaban en fila india a lo largo de la pared oeste del paso, donde una cornisa natural de la roca se había empleado como carretera durante siglos. El Dinu era un paso de montaña estrecho, de sólo un kilómetro de anchura a lo largo de casi todo su trayecto serpenteante entre los Alpes Transilvanos, la zona menos explorada de Europa. Woermann miró con nostalgia a su derecha, en dirección al fondo del paso, a veinte metros por debajo de él, llano, verde y con caminos en el centro. El viaje hubiera sido más cómodo y corto por allí, pero sus órdenes especificaban que su destino era inaccesible para los vehículos desde el fondo del paso. Tenían que tomar la carretera de la montaña.

¿Carretera? Woermann resopló. Aquello no era una carretera. Él lo hubiera clasificado como un camino o, más propiamente, una cornisa. No era una carretera. Al parecer, los rumanos de la zona no creían en el motor de combustión interna, y no habían preparado el territorio para el paso de vehículos que lo utilizaran.

El sol desapareció de repente. Un trueno horrisono, un relámpago, y empezó a llover de nuevo. Woermann blasfemó. Otra tormenta. El tiempo allí era enloquecedor. Los chubascos barrían repetidamente las paredes del paso, lanzando rayos en todas direcciones, amenazando con derribar las montañas con sus truenos, y derramando torrentes de lluvia, como si quisieran soltar lastre para elevarse por encima de los picos y escapar. Y luego desaparecían tan bruscamente como habían llegado. Igual que aquél.

Se preguntó cómo era posible que alguien pudiera desear vivir allí. Las cosechas eran pobres; proporcionaban lo suficiente para subsistir y poco más. Las cabras y ovejas parecían vivir bien, gracias a la dura hierba de abajo y el agua clara de las cumbres. Pero, ¿por qué escoger un lugar como aquél para vivir?

Woermann vio la fortaleza por primera vez cuando la columna pa-

saba entre un pequeño rebaño de cabras concentradas en una curva particularmente cerrada del camino. Inmediatamente percibió algo extraño en ella, pero era una extrañeza benigna. Diseñada como un castillo, no se la consideraba como tal a causa de su pequeño tamaño. De modo que se la llamaba fortaleza. Carecía de nombre, lo que era peculiar. Supuestamente, tenía varios siglos de antigüedad, pero parecía que la última piedra se hubiera colocado el día anterior. De hecho, su primer pensamiento fue que en algún lugar habían tomado un desvío equivocado. Aquella no podía ser la fortificación abandonada de quinientos años de antigüedad que debían ocupar. Ordenó que la columna se detuviera, comprobó el mapa y confirmó que efectivamente aquél iba a ser su nuevo puesto de mando. Volvió a estudiar el edificio.

Siglos atrás, una gran losa de piedra había emergido en la pared oeste del paso. A su alrededor corría un desfiladero, por el que fluía un riachuelo helado que parecía surgir del interior de la montaña. La fortaleza descansaba sobre aquella losa. Sus murallas eran lisas, de unos trece metros de altura, construidas con bloques de granito, que se fundían sin solución de continuidad con el granito de la ladera de detrás, la obra del hombre conjuntada con la de la naturaleza. Pero la característica más sobresaliente de la pequeña fortaleza era la torre solitaria que formaba su lado principal. Era de techo plano y dominaba el centro del paso. Al menos había cincuenta metros desde su parapeto almenado hasta el suelo rocoso del desfiladero. Tal era la fortaleza. Una construcción de otra época. Una visión agradable, que les aseguraba un alojamiento seco durante su vigilancia del paso.

Pero era extraño que pareciera tan nueva...

Woermann dirigió una inclinación de cabeza al hombre sentado junto a él en el coche y empezó a plegar el mapa. Su nombre era Oster, un sargento, el único sargento en el mando de Woermann. Hacía también las funciones de conductor. Oster hizo una señal con la mano izquierda, y el coche se puso en marcha, seguido por los otros tres vehículos. La carretera, o mejor dicho, el camino, se ensanchó cuando doblaron la curva por completo, y desembocó en un diminuto pueblo de montaña al sur de la fortaleza, justo al otro lado del paso.

Mientras seguían la carretera hacia el centro del pueblo, Woermann decidió que aquella palabra tampoco era adecuada. Aquello no era un pueblo en el sentido alemán del término; era más bien una agrupación de cabañas con paredes de estuco y techos de pizarra, todas de un solo piso a excepción de la que se encontraba al extremo norte. Estaba a la derecha, tenía una segunda planta y un cartel en la fa-

chada. No entendía el rumano, pero tuvo la sensación de que se trataba de una especie de posada. Woermann no podía imaginar qué falta hacía allí una posada. ¿Quién podía querer viajar hasta allí?

A unas decenas de metros más allá del pueblo, el camino terminaba al borde del precipicio. Desde allí, una pasarela de madera soportada por columnas de piedra recorría los setenta metros de anchura del precipicio, proporcionando a la fortaleza su única conexión con el mundo. La única otra forma posible de entrar consistiría en escalar las lisas murallas de piedra desde abajo, o deslizarse y descender más de trescientos metros de montaña igualmente empinada desde arriba.

El experto ojo militar de Woermann sopesó inmediatamente el valor estratégico de la fortaleza. Un puesto de vigilancia excelente. Toda la extensión del paso de Dinu sería visible desde la torre y, desde las murallas de la fortaleza, cincuenta hombres podrían contener a todo un batallón de rusos. No es que los rusos fueran a invadir a través del paso de Dinu, pero... ¿quién era él para cuestionar al alto mando?

Había otra mirada en Woermann que también estudiaba la fortaleza a su modo. Una mirada de artista, de amante de los paisajes: ¿debía emplear acuarelas, o confiar en el óleo para reflejar aquel aire melancólico y vigilante? El único modo de descubrirlo sería emplear las dos técnicas. Tendría mucho tiempo libre durante los meses siguientes...

—Y bien, sargento —dijo a Oster mientras se detenían al borde del puente—, ¿qué opinas de tu nuevo hogar?

—No es gran cosa, señor.

—Acostúmbrate. Probablemente pasarás aquí el resto de la guerra.

—Sí, señor.

Notando una tensión poco característica en las respuestas de Oster, Woermann dirigió una mirada a su sargento, un hombre moreno y delgado, más o menos de la mitad de edad que Woermann.

—Tampoco queda mucha guerra, sargento. Cuando salimos, recibí la noticia de que Yugoslavia se ha rendido.

—¡Señor, debería habérmelo dicho! ¡Nos hubiera levantado la moral!

—¿Tanto necesitáis que os la levanten?

—Todos preferiríamos estar en Grecia en este momento, señor.

—Allí no hay nada más que licor espeso, carne dura y bailes extraños. No os gustaría.

—Para luchar, señor.

—Oh, eso.

Woermann se había dado cuenta de que el lado burlón de su mente afloraba a la superficie cada vez con más frecuencia durante el año anterior. Era una característica poco envidiable en un oficial alemán,

y potencialmente peligrosa en uno que nunca había sido nazi. Pero también era su única defensa contra la creciente frustración por el rumbo de la guerra y de su carrera. El sargento Oster no llevaba con él el tiempo suficiente para darse cuenta de ello. Pero lo comprendería con el tiempo.

—Cuando llegáis allí, sargento, los combates ya habrían terminado. Supongo que los griegos se rendirán esta misma semana.

—Señor, todos pensamos que podríamos hacer más por el Führer allí que en estas montañas.

—No olvides que la voluntad de tu Führer es que nos hayan destinado aquí. —Observó con satisfacción que la expresión «tu Führer» había pasado desapercibida para Oster.

—Pero, ¿por qué, señor? ¿De qué sirve todo esto?

Woermann empezó su recitado:

—El alto mando considera que el paso de Dinu es una conexión directa entre las estepas rusas y los campos petrolíferos que vimos en Ploiesti. Si las relaciones entre Rusia y el Reich llegaran a deteriorarse, los rusos podrían decidir lanzar un ataque sorpresa contra Ploiesti. Y sin ese petróleo, la movilidad de la Wehrmacht se vería seriamente reducida.

Oster escuchó pacientemente, pese a que debía haber oído la explicación una docena de veces y de que había recitado también su versión de la misma historia a los hombres del destacamento. Pero Woermann sabía que no le había convencido. No lo criticaba; cualquier soldado razonablemente inteligente se haría preguntas. Oster llevaba en el ejército el tiempo suficiente para saber que era muy poco habitual poner a un oficial veterano y experimentado al frente de cuatro pelotones de infantería sin segundo oficial, y luego enviar a todo el destacamento a un paso aislado en las montañas de un estado aliado. Era una misión para un teniente bisoño.

—Pero los rusos tienen petróleo suficiente, señor, y hemos firmado un tratado con ellos.

—¡Claro! ¡Qué estúpido he sido al olvidarlo! Ya nadie rompe tratados.

—No creará que Stalin se atrevería a traicionar al Führer, ¿verdad?

Woermann ahogó la réplica que le vino inmediatamente a la mente: «No si tu Führer puede traicionarlo antes».

Oster no lo hubiera entendido. Como la mayoría de los miembros de la generación de la posguerra, había llegado a identificar el interés del pueblo alemán con la voluntad de Adolf Hitler. Se había sentido inspirado, inflamado por aquel hombre. Woermann era demasiado viejo para aquellas ilusiones. Había cumplido cuarenta y un años el mes anterior. Había presenciado el ascenso de Hitler desde las cervecerías a la cancillería, y luego a la divinidad. Nunca le había gustado.

Era cierto que Hitler había unido al país y lo había vuelto a poner en el camino de la victoria y el amor propio, algo por lo que ningún alemán leal podría criticarle. Pero Woermann nunca había confiado en Hitler, un austriaco que se rodeaba de bávaros; todos alemanes del sur. Ningún prusiano confiaría en aquellos sureños. Había algo siniestro en ellos. Lo que Woermann había presenciado en Posnan le había demostrado hasta qué punto eran siniestros.

—Ordena a los hombres que bajen y estiren las piernas —dijo, ignorando la última pregunta de Oster. Había sido una pregunta retórica, de todos modos—. Inspeccionad el puente y aseguraos de que puede sostener los vehículos mientras voy a echar un vistazo al interior.

Mientras recorría la pasarela, Woermann pensó que los tablones parecían muy resistentes. Miró por encima del borde, hacia las rocas y el agua del fondo. Estaban muy abajo; al menos, a veinte metros. Lo mejor sería que los camiones y el furgón cruzaran vacíos, a excepción de los conductores, y de uno en uno.

Las pesadas puertas de madera en la entrada de la fortaleza estaban abiertas de par en par, igual que los postigos de casi todas las paredes y la torre. El lugar parecía estarse aireando. Woermann cruzó las puertas y entró en el patio empedrado. Era fresco y tranquilo. Observó que la fortaleza tenía una sección en la parte de atrás, aparentemente excavada en la montaña, en la que no había reparado desde el puente.

Se volvió lentamente. La torre se cernía sobre él. Estaba rodeado de muros grises por todas partes. Se sintió como si se encontrara en brazos de una gran bestia dormida a la que no se atrevía a despertar.

Entonces vio las cruces. Las paredes interiores del patio estaban sembradas de cientos, miles de cruces. Todas del mismo tamaño y forma, todas del mismo tipo poco habitual: el palo vertical medía unos veinticinco centímetros, era cuadrado en la parte superior y con un reborde en la base, y el horizontal medía unos veinte centímetros y tenía una pequeña elevación a cada extremo. Pero lo más curioso era lo altos que estaban los palos horizontales sobre los verticales; de haberlos elevado un poco más, la cruz se hubiera convertido en una T.

Woermann las encontró vagamente inquietantes: había algo siniestro en ellas. Se dirigió a la cruz más cercana y pasó una mano sobre su suave superficie. El palo vertical era de bronce, y el horizontal de níquel, hábilmente incrustados en la superficie del bloque de piedra.

Volvió a mirar a su alrededor. Había alguna otra cosa que le inquietaba. Faltaba algo. Entonces se dio cuenta: los pájaros. No había

palomas en las paredes. Los castillos alemanes estaban llenos de palomas, que construían sus nidos en todos los rincones y grietas. No pudo distinguir ni un solo pájaro en ningún lugar de las murallas, las ventanas o la torre.

Oyó un sonido detrás de él y se volvió bruscamente, levantando la funda de la cartuchera y apoyando la palma en la culata de su Luger. El gobierno rumano podía ser aliado del Reich, pero Woermann era muy consciente de que había facciones en el país que no lo eran. El Partido Nacional Campesino, por ejemplo, era fanáticamente anti alemán; había perdido el poder, pero seguía activo. Era posible que hubiera grupos escindidos ocultos allí en los Alpes, esperando la oportunidad de matar a unos cuantos alemanes.

El sonido se repitió con más fuerza. Unos pasos relajados, que no pretendían ser cautelosos. Procedían de una puerta en la parte trasera de la fortaleza y, mientras Woermann observaba, un hombre de unos treinta años vestido con un *cojoc* de piel de oveja apareció en la abertura. No vio a Woermann. Llevaba una paleta llena de cemento en la mano. Se agachó, de espaldas a Woermann, y empezó a arreglar parte del estucado junto al marco de la puerta.

—¿Qué hace usted aquí? —ladró Woermann. Sus órdenes le habían dado a entender que la fortaleza estaba desierta.

Sobresaltado, el albañil pegó un salto y se volvió. La ira de su rostro desapareció bruscamente cuando reconoció el uniforme y comprendió que le habían hablado en alemán. Murmuró algo ininteligible, sin duda en rumano. Woermann comprendió con irritación que tendría que encontrar un intérprete o aprender algo del idioma si iba a pasar una buena temporada allí.

—¡Hable en alemán! ¿Qué está haciendo aquí!

El hombre sacudió la cabeza con una mezcla de miedo e indecisión. Levantó el dedo índice, en petición de espera, y gritó algo que sonó como «¡Papa!». Se abrió un postigo en el piso de arriba, y un hombre mayor con la cabeza cubierta con una *caciula* de lana se asomó a una de las ventanas de la torre y miró hacia abajo. El puño de Woermann aumentó su presión sobre la culata de su Luger mientras los dos rumanos conversaban brevemente. Luego el anciano gritó en alemán:

—Ahora bajo, señor.

Woermann asintió y se relajó. Volvió a acercarse a una de las cruces y la examinó. Bronce y níquel; casi parecían oro y plata.

—Hay dieciséis mil ochocientos siete cruces incrustadas en los muros de esta fortaleza —dijo una voz detrás de él. El acento era fuerte, y las palabras forzadas.

Woermann se volvió.

—¿Las ha contado? —Calculó que el hombre tendría unos cincuenta años. Había un fuerte parecido entre él y el joven albañil al que había asustado. Ambos vestían con idénticas camisas y calzas de campesino, a excepción del sombrero de lana del anciano—. ¿O simplemente es algo que dice a todos sus clientes?

—Me llamo Alexandru —dijo el hombre secamente, inclinándose un poco—. Mis hijos y yo trabajamos aquí. Y no hacemos visitas guiadas.

—Eso cambiará dentro de un momento. Pero antes... Me habían dicho que la fortaleza estaba vacía.

—Lo está cuando nos vamos a casa por la noche. Vivimos en el pueblo.

—¿Dónde está el propietario?

Alexandru se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

—¿Quién es?

Otro encogimiento de hombros.

—No lo sé.

—¿Quién le paga, entonces? —Aquello era exasperante. ¿Acaso aquel hombre no sabía hacer nada más que encogerse de hombros y decir que no lo sabía?

—El posadero. Alguien le trae dinero dos veces al año, inspecciona la fortaleza, toma notas y se va. El posadero nos paga cada mes.

—¿Quién les dice lo que tienen que hacer?

Woermann esperaba que el hombre volviera a encogerse de hombros, pero no lo hizo.

—Nadie. —Alexandru se irguió y habló con tranquila dignidad—. Nosotros lo hacemos todo. Nuestras instrucciones son mantener la fortaleza como nueva. Eso es todo lo que debemos saber. Hacemos todo lo que es necesario hacer. Mi padre se pasó la vida haciéndolo, como su padre antes que él, y así sucesivamente. Mis hijos continuarán después de mí.

—¿Se pasan la vida entera manteniendo este edificio? ¡No puedo creerlo!

—Es más grande de lo que parece. Los muros que ve a su alrededor tienen habitaciones en su interior. Hay corredores llenos de habitaciones debajo de nosotros, en el sótano, y excavados en la montaña de aquí detrás. Siempre hay algo que hacer.

La mirada de Woermann recorrió las oscuras paredes, medio en penumbra, y regresó al patio, ya sumido en las sombras pese a que la tarde acababa de empezar. ¿Quién había construido la fortaleza? ¿Y quién pagaba para mantenerla en tan perfectas condiciones? No tenía sentido. Contempló las sombras, y se le ocurrió que, de haber sido el constructor de la fortaleza, la hubiera situado al otro lado del

paso, con una orientación suroeste, donde podría aprovechar mejor la luz y el calor del sol. En su situación actual, la noche tenía que llegar siempre temprano a aquel lugar.

—Muy bien —dijo a Alexandru—. Podéis continuar con vuestras labores de mantenimiento cuando nos hayamos instalado. Pero tú y tus hijos deberéis avisar a los centinelas al entrar y salir. —Vio que el otro hombre sacudía la cabeza—. ¿Qué sucede?

—No pueden quedarse aquí.

—¿Y por qué no?

—Está prohibido.

—¿Quién lo prohíbe?

Alexandru se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así. Tenemos que mantener la fortaleza y ocuparnos de que nadie entre.

—Y, por supuesto, siempre lo habéis conseguido. —La gravedad del anciano le divirtió.

—No. No siempre. Ha habido ocasiones en que algún viajero se ha quedado contra nuestros deseos. No ofrecemos resistencia; no nos pagan para luchar. Pero nunca se quedan más de una noche. La mayoría ni siquiera resisten tanto tiempo.

Woermann sonrió. Lo había estado esperando. Un castillo desierto, aunque fuera tan pequeño como aquél, tenía que estar encantado. Por lo menos, daría a los hombres un tema de conversación.

—¿Qué los empuja a marcharse? ¿Gemidos? ¿Espectros portando cadenas?

—No... No hay fantasmas aquí, señor.

—¿Muertes, entonces? ¿Asesinatos horribles? ¿Suicidios? —Woermann empezaba a divertirse—. También tenemos unos cuantos castillos en Alemania, y no hay ninguno al que le falte su historia de terror para contar junto al fuego.

Alexandru nego con la cabeza.

—Nunca ha muerto nadie aquí. Al menos, que yo sepa.

—Entonces, ¿qué es? ¿Qué es lo que expulsa a los visitantes tras una sola noche?

—Los sueños, señor. Pesadillas. Y siempre las mismas, según tengo entendido; algo relacionado con encontrarse atrapado en una pequeña habitación sin puerta, ventanas ni luces... una oscuridad total... y frío... mucho frío... y algo en la oscuridad... algo más frío que la oscuridad... y hambriento.

Woermann sintió el principio de un escalofrío en los hombros y la espalda mientras escuchaba. Tenía el propósito de preguntar a Alexandru si había pasado alguna vez la noche en la fortaleza, pero la mirada en los ojos del rumano mientras hablaba fue respuesta sufi-

ciente. Sí, Alexandru había pasado una noche en la fortaleza. Pero sólo una vez.

—Quiero que esperéis aquí hasta que mis hombres hayan cruzado el puente —dijo, sacudiéndose el escalofrío—. Entonces puedes enseñarme el lugar.

El rostro de Alexandru era un estudio de frustración e impotencia.

—Es mi deber, *Herr* capitán —dijo con firmeza y dignidad—, informarle de que no se permiten habitantes en la fortaleza.

Woermann sonrió, pero sin desprecio ni condescendencia. Comprendía el sentido del deber del otro hombre, y lo respetaba.

—Estamos advertidos. Te enfrentas al ejército alemán, una fuerza a la que no puedes resistir, de modo que tienes que resignarte. Puedes considerar que has cumplido con tu deber.

A continuación, Woermann se volvió y se dirigió a la puerta. Aún no había visto pájaros. ¿Acaso también soñaban?

¿Acaso anidaban allí durante una sola noche para luego no volver jamás?

El coche de mando y los tres camiones descargados cruzaron el puente y aparcaron en el patio sin incidentes. Los hombres los siguieron a pie, cargados con su propio equipaje, y regresaron al otro lado del desfiladero para empezar a transportar a mano el contenido del furgón de aprovisionamiento: comida, generadores y armas anti tanque.

Mientras el sargento Oster se encargaba de los detalles, Woermann siguió a Alexandru en una rápida visita a la fortaleza. La cantidad de cruces idénticas de bronce y níquel incrustadas a intervalos regulares en las piedras de todos los pasillos, habitaciones y paredes continuó sorprendiéndolo. Y las habitaciones... parecían estar por todas partes; en el interior de los muros que rodeaban el patio, debajo de éste, en la sección trasera, en la torre de vigilancia. La mayoría eran pequeñas, y todas estaban sin amueblar.

—Cuarenta y nueve habitaciones en total, contando las de la torre —dijo Alexandru.

—Un número extraño, ¿no crees? ¿Por qué no lo redondearían hasta cincuenta?

Alexandru se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Woermann rechinó los dientes. «Si vuelve a encogerse de hombros...»

Caminaban por encima de una de las murallas, que partía de la torre en diagonal y regresaba a la montaña. Woermann observó que también había cruces incrustadas en el parapeto. Se le ocurrió una pregunta.

—No recuerdo haber visto cruces en la parte exterior de las murallas.

—No hay ninguna. Sólo en el interior. Y mire esos bloques. Encajan perfectamente. No hizo falta ni un gramo de cemento para unirlos. Todas las paredes de la fortaleza están construidas del mismo modo. Es un arte perdido.

A Woermann no le importaban los bloques de piedra. Señaló la muralla bajo sus pies.

—¿Dices que hay habitaciones aquí debajo?

—Dos niveles de habitaciones en cada muralla, cada una con una ventana al exterior, y una puerta que da a un pasillo que conduce al patio.

—Excelente. Servirán de barracones. Ahora vamos a la torre.

La torre de vigilancia era poco usual. Tenía cinco pisos, cada uno de ellos con un par de habitaciones que ocupaban toda la planta a excepción del espacio necesario para una puerta que daba a un pequeño rellano abierto. Una empinada escalera de piedra ascendía en zigzag por la superficie interior de la pared norte de la torre.

Jadeante tras el ascenso, Woermann se inclinó sobre el parapeto que rodeaba el tejado de la torre, y contempló la larga extensión del paso de Dinu visible desde la fortaleza. Pudo localizar el mejor emplazamiento para sus rifles anti tanque. Tenía poca fe en la efectividad de los proyectiles Panzerbuchse de calibre treinta y ocho y siete con noventa y dos milímetros que le habían entregado, pero tampoco esperaba tener que usarlos. Ni los morteros. Pero los instalaría de todas formas.

—Muy pocas cosas pueden pasar por aquí sin ser vistas —dijo, hablando para sí.

Alexandru le replicó de modo inesperado.

—Excepto con la niebla de primavera. Todo el paso se llena de niebla cada noche en primavera.

Woermann tomó nota mental. Los centinelas tendrían que mantener las orejas bien abiertas, además de los ojos.

—¿Dónde están los pájaros? —preguntó. Le preocupaba no haber visto ninguno todavía.

—Nunca he visto un pájaro en la fortaleza —dijo Alexandru—. Nunca.

—¿Y no te parece extraño?

—La propia fortaleza es extraña, *Herr* capitán, con las cruces y todo eso. Dejé de intentar entenderla cuando tenía diez años. Simplemente, está aquí.

—¿Quién la construyó? —preguntó Woermann, y se volvió para no tener que ver el encogimiento de hombros que sabía que se avecinaba.

—Pregúntelo a cinco personas distintas y le darán cinco respuestas. Todas diferentes. Algunos dicen que fue uno de los antiguos se-

ñores de Valaquia, algunos un turco rebelde, e incluso hay quien afirma que fue construida por un papa. ¿Quién puede saberlo con seguridad? La verdad puede desaparecer y la fantasía adquirir muchas formas diferentes en cinco siglos.

—¿De veras crees que se tarda tanto tiempo? —dijo Woermann, echando un último vistazo al paso antes de volverse. «Puede ocurrir en cuestión de pocos años».

Cuando llegaron al patio, el sonido de los martillos llevó a Alexandru hacia el corredor que recorría la pared interior de la muralla sur. Woermann lo siguió. Cuando Alexandru vio que los hombres golpeaban las paredes, corrió a verlos más de cerca, y luego regresó junto a Woermann a toda prisa.

—¡Herr capitán, están clavando estacas entre las piedras! —gritó, retorciendo las manos mientras hablaba—. ¡Deténgalos! ¡Van a arruinar las paredes!

—¡Tonterías! Esas «estacas» no son más que clavos, y sólo ponemos uno cada tres metros o así. Tenemos dos generadores, y los hombres están instalando luces. El ejército alemán no puede vivir a la luz de las antorchas.

Mientras avanzaban por el corredor, vieron a un soldado arrodillado en el suelo y tratando de clavar su bayoneta en uno de los bloques de la pared. Alexandru se inquietó todavía más.

—¿Y él? —dijo el rumano en un áspero susurro—. ¿También está colgando luces?

Woermann se movió rápidamente y en silencio hasta situarse directamente detrás del atareado soldado. Mientras observaba cómo el hombre hurgaba en una de las cruces incrustadas con la punta de su pesada hoja, Woermann sintió que temblaba y le invadía un sudor frío.

—¿Quién le ha asignado esta misión, soldado?

El soldado se sobresaltó y dejó caer la bayoneta. Su rostro tenso palideció al ver a su comandante detrás de él. Se puso en pie.

—¡Responda! —gritó Woermann.

—Nadie, señor. —Adoptó la posición de firmes, con la mirada al frente.

—¿Cuál era su misión?

—Ayudar a colgar las luces, señor.

—¿Y por qué no lo está haciendo?

—No tengo excusa, señor.

—No soy un sargento de maniobras, soldado. Quiero saber qué tenía en mente cuando decidió actuar como un vándalo cualquiera en vez de como un soldado alemán. ¡Responda!

—Oro, señor —dijo el soldado en tono contrito. Sonaba estúpido, y

era evidente que lo sabía—. He oído decir que este castillo se construyó para ocultar un tesoro papal. Y todas estas cruces, señor... parecen de oro y plata. Sólo estaba...

—Estaba descuidando su misión, soldado. ¿Cómo se llama?

—Lutz, señor.

—Bien, soldado Lutz, éste ha sido un día provechoso para usted. No sólo ha aprendido que las cruces están hechas de bronce y níquel en vez de oro y plata, sino que ha conseguido un puesto en la primera guardia durante toda la semana. Preséntese al sargento Oster cuando haya terminado con las luces.

Mientras Lutz envainaba su bayoneta caída y se alejaba, Woermann se volvió a Alexandru, para encontrarlo pálido y tembloroso.

—¡Nadie debe tocar las cruces! —dijo el rumano—. ¡Nunca!

—¿Y por qué no?

—Porque siempre ha sido así. Nada debe ser alterado en la fortaleza. Por eso trabajamos. ¡Y por eso no deben quedarse aquí!

—Buenos días, Alexandru —dijo Woermann en un tono que esperaba que marcaría el fin de la discusión. Comprendía la situación del otro hombre, pero su deber era más importante.

Al volverse, oyó la voz plañidera de Alexandru detrás de él.

—¡Por favor, *Herr* capitán! ¡Dígales que no toquen las cruces! ¡Que no toquen las cruces!

Woermann decidió hacerlo. No por Alexandru, sino porque no podía explicar el terror sin nombre que le había invadido al ver a Lutz hurgar en la cruz con su bayoneta. No era sólo intranquilidad, sino más bien un terror frío y enfermizo que se había enroscado con fuerza en torno a su estómago. Y no podía imaginar por qué.

Era tarde cuando Woermann se tumbó agradecido en su saco de dormir sobre el suelo de su habitación. Había escogido para sí el tercer piso de la torre; se encontraba por encima de las murallas y el ascenso no era demasiado arduo. La habitación delantera serviría de despacho, y la trasera, más pequeña, de alojamiento personal. Las dos ventanas de delante (aberturas rectangulares y sin cristales en la pared exterior, flanqueadas por postigos de madera) le proporcionaban una buena vista de casi todo el paso, y también del pueblo; y podía controlar el patio gracias al par de ventanas traseras.

Los postigos estaban abiertos a la noche. Había apagado las luces y pasado un momento tranquilo en las ventanas, observando la capa de niebla que ondulaba suavemente y oscurecía el desfiladero. Al desaparecer el sol, el aire frío había empezado a descender de las cumbres, mezclándose con el aire húmedo del fondo del paso, que aún retenía algo del calor diurno. El resultado era aquel río blanco de

niebla. La escena estaba iluminada sólo por las estrellas, pero un despliegue de estrellas tan magnífico como sólo podía verse en las montañas. Al contemplarlas, Woermann pensó que casi comprendía el movimiento delirante de la *Noche estrellada* de Van Gogh. El silencio era interrumpido sólo por el zumbido grave de los generadores situados al otro extremo del patio. Era una escena intemporal, y Woermann la disfrutó hasta que empezó a cabecear.

Una vez en su saco, le costó conciliar el sueño pese a su fatiga. Sus pensamientos volaban en todas direcciones: hacía frío, pero no el suficiente para encender fuegos... Tampoco había leña, de todos modos... El calor no sería un problema con la llegada del verano... Y tampoco el agua, pues habían encontrado cisternas llenas en el suelo del sótano, alimentadas continuamente por una corriente subterránea... La higiene siempre era un problema... ¿Cuánto tiempo pasarían allí? ¿Debía dejar dormir mañana a los hombres después del largo día que habían tenido? Tal vez Alexandru y sus hijos podrían construir camastros para él y sus hombres, de modo que no tuvieran que dormir sobre el frío suelo de piedra... especialmente si todavía estaban allí en los meses de otoño e invierno... si la guerra duraba tanto tiempo...

La guerra... Parecía muy lejana. La idea de renunciar a su puesto volvió a cruzar por su mente. Durante el día podía escapar a ella, pero en la oscuridad, cuando estaba a solas consigo mismo, el pensamiento regresaba y se instalaba sobre su pecho, exigiendo su atención.

No podía dimitir en aquel momento, con el país todavía en guerra. Especialmente mientras estuviera destinado en aquellas montañas desoladas, a merced de los políticos de Berlín. Aquello significaría ponerse en sus manos. Sabía lo que pensaban: alístate en el Partido o no entrarás en combate; alístate en el Partido o te haremos caer en desgracia con misiones absurdas como hacer de centinela en los Alpes Transilvanos; alístate en el Partido o renuncia.

Tal vez renunciaría después de la guerra. Aquella primavera marcaría su vigésimo quinto año en el ejército. Y, tal como iban las cosas, tal vez un cuarto de siglo era suficiente. Sería bueno estar todos los días en casa con Helga, pasar algo de tiempo con los chicos, y practicar sus habilidades pictóricas con los paisajes prusianos.

De todos modos... el ejército había sido su hogar durante mucho tiempo, y no podía evitar creer que el ejército alemán sobreviviría a aquellos nazis. Si conseguía resistir el tiempo suficiente...

Abrió los ojos y sólo vio oscuridad. Aunque la pared frente a él estaba perdida en las sombras, casi podía distinguir las cruces incrustadas en los bloques de piedra. No era un hombre religioso, pero encontró un consuelo inexplicable en su presencia.

Lo que le recordó el incidente de aquella tarde en el corredor. Por mucho que lo intentara, Woermann no podía librarse por completo del terror que le había invadido al ver a aquel soldado (¿cómo se llamaba? ¿Lutz?) hurgando en la cruz.

Lutz... El soldado Lutz... Aquel hombre daría problemas. Lo mejor sería que Oster le vigilara de cerca.

Se durmió preguntándose si le aguardaría la pesadilla de Alexandru.

2

LA FORTALEZA
Miércoles, 23 de abril
03:40 horas

El soldado Hans Lutz estaba agazapado bajo una bombilla de bajo voltaje, una figura solitaria en una isla de luz en medio de un río de oscuridad, fumando un cigarrillo, con la espalda apoyada en la fría piedra de las paredes del sótano. Se había quitado el casco, revelando un cabello rubio y un rostro juvenil estropeado por la expresión dura de ojos y boca. Estaba dolorido y cansado. No deseaba otra cosa que meterse en su saco para olvidarse de todo durante unas horas. En realidad, si en aquel sótano no hubiera hecho tanto frío, se hubiera dormido en su puesto.

Pero no podía permitir que aquello ocurriera. Tener que hacer la primera guardia durante toda la semana ya era bastante malo; sólo Dios sabía qué podía ocurrirle si le encontraban dormido estando de servicio. Y el capitán Woermann era muy capaz de aparecer en el corredor donde estaba sentado Lutz sólo para ver lo que hacía. Tenía que mantenerse despierto.

Era muy típico de su mala suerte que el capitán le hubiera descubierto aquella tarde. Lutz había quedado fascinado por aquellas extrañas cruces desde que puso el pie en el patio. Finalmente, tras una hora junto a ellas, la tentación se había hecho demasiado grande. Parecían de oro y plata, pero también era imposible que lo fueran. Había sentido la necesidad de averiguarlo, y ello le había metido en problemas.

Bueno, al menos había satisfecho su curiosidad; nada de oro y plata. Pero saberlo no le compensaba por una semana entera de guardias.

Encogió las manos en torno a la punta encendida de su cigarrillo para calentarlas. *Gott*, qué frío. Más frío allí abajo que al aire libre, sobre la muralla donde patrullaban Ernst y Otto. Lutz había bajado al sótano sabiendo que haría frío. En teoría, lo había hecho con la

esperanza de que la baja temperatura le refrescara y le mantuviera despierto; en realidad, deseaba tener la oportunidad de investigar tranquilamente.

Porque Lutz no había abandonado la idea de que allí había un tesoro papal. Había demasiados indicios; en realidad, todo apuntaba a ello. Las cruces eran la pista primera y más obvia; no eran cruces maltesas, fuertes y simétricas, pero seguían siendo cruces. Y parecían de oro y plata. Además, ninguna habitación estaba amueblada, lo que significaba que nadie tenía que vivir allí. Pero aún más sorprendente era el mantenimiento continuo del edificio: alguna organización había pagado para conservar aquel lugar durante siglos sin interrupción. ¡Siglos! Sólo conocía una organización que tuviera el poder, los recursos y la continuidad necesaria para ello: la Iglesia católica.

En opinión de Lutz, la fortaleza se conservaba con un solo propósito: salvaguardar el botín del Vaticano.

Estaba allí, en algún lugar, tras los muros o bajo los suelos, y él lo encontraría.

Lutz contempló la pared de piedra al otro lado del corredor. Las cruces eran particularmente numerosas en el sótano, y como de costumbre todas parecían iguales... excepto tal vez una de la izquierda, la que estaba incrustada en la piedra de la fila inferior, al borde de la luz: había algo diferente en el modo en que la luz se reflejaba en su superficie. ¿Un efecto luminoso? ¿Un acabado distinto?

¿O un metal distinto?

Lutz levantó su Schmeisser automática, que reposaba sobre sus rodillas, y la apoyó en la pared. Desenvainó la bayoneta mientras avanzaba a gatas por el corredor. En cuanto la punta tocó el metal amarillo del palo vertical de la cruz, supo que había descubierto algo. El metal era blando... blando y amarillo, como sólo podía serlo el oro sólido.

Sus manos empezaron a temblar mientras hundía la punta de la hoja entre la cruz y la piedra, clavándola más y más hasta que sintió que frotaba el granito. Pese a aumentar la presión, no consiguió que la hoja avanzara más. Había llegado a la parte trasera de la cruz incrustada. Con un poco de esfuerzo, estaba seguro de que podría sacarla entera de la piedra. Apoyado en el mango del cuchillo, Lutz apretó cada vez con más fuerza. Sintió que algo cedía, y se detuvo a mirar.

¡Maldición! El acero templado de la bayoneta estaba rompiendo el oro. Trató de ajustar el vector de fuerza más directamente hacia el exterior, pero el metal continuó deformándose, cediendo...

La piedra se movió.

Lutz retiró la bayoneta y estudió el bloque.

No tenía nada especial: sesenta centímetros de anchura, cuarenta y cinco de altura y probablemente treinta de profundidad. No tenía cemento, igual que los demás bloques, pero estaba medio centímetros más adelantado que sus compañeros. Se levantó y midió la distancia hasta la puerta a la izquierda. Entró en aquella habitación, y midió la distancia hasta la pared interior. Repitió el procedimiento al otro lado, en la estancia a la derecha de la piedra suelta. Una simple suma y una resta le revelaron una discrepancia significativa. El número de pasos no coincidía.

Había un gran espacio vacío tras la pared.

Con un escalofrío en el pecho, Lutz se arrojó sobre el bloque suelto, hurgando frenéticamente en el borde. Pese a sus esfuerzos, sin embargo, no consiguió hacerlo sobresalir más de la pared. No le gustaba la idea, pero finalmente tuvo que admitir que no podría hacerlo solo. Tendría que hacer intervenir a alguien más.

Otto Grunstadt, que patrullaba en la muralla en aquel momento, era la opción más obvia. Siempre estaba buscando el modo de conseguir unos cuantos marcos fáciles y rápidos. Y allí había más que unos cuantos marcos. Tras aquella piedra suelta les aguardaban millones en oro papal. Lutz estaba seguro de ello. Casi podía notar su sabor.

Dejando atrás su Schmeisser y la bayoneta, echó a correr hacia las escaleras.

—¡Date prisa, Otto!

—Todavía no estoy seguro de esto —dijo Grunstadt, corriendo para mantenerse a la altura del otro hombre. Era más pesado y moreno que Lutz, y sudaba a pesar del frío—. Se supone que estoy de guardia arriba. Si me pillan...

—Esto sólo llevará un minuto o dos —dijo Lutz—. Está justo aquí.

Tras tomar una lámpara de keroseno del almacén, había arrancado literalmente a Grunstadt de su puesto, hablando sin cesar sobre tesoros y sobre la posibilidad de hacerse ricos para siempre y no volver a tener que trabajar. Como una polilla atrapada por la luz, Grunstadt le había seguido.

—¿Lo ves? —dijo Lutz, señalando el bloque de piedra—. ¿Ves cómo sobresale?

Grunstadt se arrodilló para examinar el borde deformado de la cruz incrustada en la piedra. Tomó la bayoneta de Lutz y presionó la parte cortante contra el metal amarillo del palo vertical. Lo cortó con facilidad.

—Es oro, desde luego —dijo en voz baja. Lutz deseaba patearle, ordenarle que se diera prisa, pero tenía que dejar que Grunstadt to-

mara la decisión por sí solo. Observó cómo probaba la punta de la bayoneta con todas las demás cruces a su alcance—. Todos los demás palos verticales son de bronce. Éste es el único que tiene algún valor.

—Y la piedra en la que está incrustado está suelta —añadió rápidamente Lutz—. Y detrás hay un espacio vacío de dos metros de anchura y quién sabe cuánta profundidad.

Grunstadt levantó la vista y sonrió. La conclusión era inevitable.

—Empecemos.

Trabajando al unísono, progresaron más rápidamente, pero no lo suficiente para satisfacer a Lutz. El bloque de piedra se desvió a la izquierda de modo infinitesimal, luego a la derecha, y tras quince minutos de trabajo agotador todavía sobresalía menos de tres centímetros de la pared...

—Espera —dijo Lutz—. Esta cosa mide treinta centímetros de profundidad. Nos pasaremos así toda la noche. Nunca terminaremos antes de la siguiente guardia. Veamos si podemos doblar un poco más el centro de la cruz. Tengo una idea.

Usando las dos bayonetas, consiguieron levantar un poco el palo vertical de oro en un punto justo por debajo del travesaño de plata, dejando espacio suficiente por detrás para permitir que Lutz deslizara su cinturón entre el metal y la piedra.

—¡Ahora podemos tirar!

Grunstadt le devolvió la sonrisa, pero débilmente. Parecía intranquilo por haber abandonado su puesto durante tanto tiempo.

—Empecemos, pues.

Apoyaron los pies en la pared por encima y junto al bloque, ambos con las dos manos en el cinturón, y luego dedicaron toda la fuerza de sus doloridas espaldas, piernas y brazos a tratar de extraer la obstinada piedra. Con un chirrido agudo de protesta, el bloque empezó a moverse, deslizándose y estremeciéndose. Y finalmente salió. Lo empujaron a un lado y Lutz buscó una cerilla.

—¿Listo para ser rico? —Encendió la lámpara de keroseno y la sostuvo junto a la abertura. No había nada más que oscuridad en el interior.

—Siempre —replicó Grunstadt—. ¿Cuándo empiezo a contar?

—En cuanto regrese.

Ajustó la llama y empezó a reptar por la abertura, empujando la lámpara delante de él. Se encontró en un estrecho pasadizo de piedra, que descendía ligeramente... y sólo media metro y medio de longitud. El pasadizo acababa en otro bloque de piedra, idéntico al que les había costado tanto esfuerzo mover. Lutz le acercó la lámpara. Aquella cruz también parecía de oro y plata.

—Dame la bayoneta —dijo, alargando la mano hacia atrás, en dirección a Grunstadt. El mango de la bayoneta golpeó su palma.

—¿Qué sucede?

—El camino está bloqueado.

Por un instante, Lutz se sintió derrotado. Con apenas espacio para un hombre en el estrecho pasadizo, sería imposible apartar aquella segunda piedra. Habría que derribar toda la pared, y ello era más de lo que él y Grunstadt podían esperar conseguir por sí solos, por muchas noches que dedicaran a la tarea. No sabía qué hacer a continuación, pero tenía que satisfacer su curiosidad respecto a los metales de aquella cruz. Si el palo vertical era de oro, al menos podría sentirse seguro de estar sobre la buena pista.

Jadeando mientras se retorció en el estrecho espacio del pasadizo, Lutz clavó la punta de la bayoneta en la cruz. Se hundió fácilmente. Es más, la piedra empezó a desplazarse hacia atrás, como si tuviera un gozne en el lado izquierdo. Extático, Lutz la empujó con la mano libre y descubrió que era sólo una fachada, de no más de dos centímetros de grosor. Se movió fácilmente al tocarla, soltando una ráfaga de aire frío y fétido procedente de la oscuridad de detrás. Algo en aquel aire hizo que se le erizara el vello de los brazos y la base de la nuca.

Hacia frío, pensó mientras sentía que se estremecía involuntariamente, pero no tanto.

Ahogó su creciente inquietud y gateó hacia delante, deslizando la lámpara delante de él sobre el suelo de piedra del pasadizo. Mientras cruzaba la nueva abertura, la llama empezó a apagarse. No parpadeó ni tembló en su contenedor de cristal, de modo que no podía deberse a ninguna turbulencia del aire frío que continuaba soplando junto a él. La llama simplemente empezó a apagarse, a marchitarse en el pabulo. La posibilidad de un gas tóxico cruzó por su mente, pero Lutz no percibía ningún olor extraño. Tampoco sentía dificultades para respirar, ni irritación en los ojos o la nariz.

Tal vez había poco keroseno. Cuando tiró de la lámpara hacia sí para comprobarlo, la llama recuperó su anterior tamaño y brillo. Lutz sacudió la base y sintió que el líquido se agitaba en el interior. Suficiente keroseno. Desconcertado, volvió a empujar la lámpara hacia delante, y de nuevo la llama empezó a encogerse. Cuanto más la empujaba hacia el interior de la cámara, más pequeña se volvía, sin iluminar absolutamente nada. Algo iba mal.

—¡Otto! —gritó por encima del hombro—. Átame el cinturón a un tobillo y aguanta. Voy a entrar más adentro.

—¿Por qué no esperamos a mañana... cuando haya luz?

—¿Estás loco? ¡Todo el destacamento se enteraría! Todos querrían

su parte... y probablemente el capitán se quedaría con casi todo. ¡Habríamos hecho todo el trabajo para terminar sin nada!

La voz de Grunstadt vaciló.

—Esto ya no me gusta.

—¿Sucede algo, Otto?

—No estoy seguro. Simplemente, no quiero estar aquí abajo por más tiempo.

—¡Deja de hablar como una vieja! —espetó Lutz. No quería que Grunstadt se acobardara. Él también se sentía inquieto, pero había una fortuna a pocos centímetros de distancia, y no estaba dispuesto a permitir que nada le impidiera apoderarse de ella—. Átame el cinturón y aguanta. Si este pasadizo se vuelve más empinado, no quiero resbalar.

—De acuerdo —repuso Grundstadt a regañadientes—. Pero date prisa.

Lutz esperó a sentir el cinturón apretado en torno a su tobillo izquierdo, y empezó a deslizarse hacia delante, en dirección a la cámara oscura, con la lámpara ante él. Estaba poseído por una sensación de urgencia. Se movía con toda la rapidez que el reducido espacio le permitía. Cuando su cabeza y hombros cruzaron la abertura, la llama de la lámpara se había convertido en un diminuto destello azul y blanco... como si la luz no fuera bienvenida, como si la oscuridad hubiera enviado la llama de vuelta al pabilo.

Lutz hizo avanzar la lámpara unos centímetros más y la llama se apagó. Y entonces se dio cuenta de que no estaba solo.

Había algo despierto y hambriento junto a él, algo tan oscuro y frío como la cámara en la que había penetrado. Empezó a temblar de modo incontrolable. El terror le recorrió las entrañas. Trató de retroceder, de empujar hacia atrás los hombros y la cabeza, pero estaba atrapado. Era como si el pasadizo se hubiera cerrado sobre él, reteniéndolo en una oscuridad tan completa que no había arriba ni abajo. El frío lo envolvió, y también el miedo; un abrazo combinado que amenazaba con volverle loco. Abrió la boca para gritar a Otto que tirara de él. El frío penetró en su interior cuando levantó la voz en una agonía de terror.

En el exterior, el cinturón que Grunstadt sostenía se sacudió en todas direcciones cuando las piernas de Lutz empezaron a patear y agitarse en el pasadizo. Hubo un sonido parecido a una voz humana, pero tan lleno de horror y desesperación, y tan lejano, que Grunstadt no pudo creer que procediera de su amigo. El sonido terminó bruscamente en un gorgoteo que resultó horrible de oír. Y cuando cesó, también cesaron los frenéticos movimientos de Lutz.

—¿Hans?

No hubo respuesta.

Completamente aterrado, Grunstadt tiró del cinturón hasta que los pies de Lutz estuvieron a su alcance. Entonces agarró ambas botas y sacó a Lutz al corredor. Cuando vio lo que había sacado del pasadizo, Grunstadt empezó a gritar. El sonido rebotó por todo el pasillo del sótano, aumentando de volumen hasta que las mismas paredes parecieron temblar.

Acobardado por el sonido amplificado de su propio terror, Grunstadt permaneció inmóvil mientras la pared donde se había introducido su amigo se hinchaba hacia fuera, y unas grietas minúsculas aparecían en torno a los bordes de los pesados bloques de granito. Una ancha rendija brotó del espacio dejado por la piedra que habían apartado. Las débiles y escasas luces instaladas en el corredor empezaron a desvanecerse y, cuando casi se habían apagado, la pared se abrió con un último temblor convulsivo, cubriendo a Grunstadt de fragmentos de piedra rota y dejando salir algo inconcebiblemente negro que saltó y le envolvió con un solo movimiento rápido y fluido.

El horror había empezado.